

DEL EPISTOLARIO DE ELLA

Yo no os escribo la dulce carta, que mi corazón ha compuesto, como respuesta a vuestras páginas impregnadas de perfume y de luz. De escribírosla tal como la siento, no podría mirarme ya nunca en el espejo, temerosa de verme en su cristal encendida de rubor... Porque hay ciertas cosas que las mujeres no pueden confesar ni a su propia conciencia.

Limitome, por la tanto, a agradeceros profundamente el regalo imperial de vuestras confianzas.

¿Con qué?... Sólo mi alma lo sabe... Y mi alma es muda, no tanto por respeto a mí misma, como por temor ha haceros desgraciado, aún más de lo que sois, con la inoportunidad de mis sinceridades.

El anuncio de vuestro viaje me ha llenado de satisfacción...

¿Podremos esperar que la próxima Primavera nos

traiga a los dos, como un presente floreal, un nuevo bien que nos torne fuertes contra todos los males, y una fortuna que nos haga olvidar todos los dolores sufridos?...

Cuando vengáis a esta tierra de encanto, al arrullo de este mar azul, os diré por qué hoy, yo, no puedo soñar vuestro magnífico sueño, porque hoy debo, rudamente, rechazar vuestra esperanza, esperanza tan llena de poesía, tan prometedora de felicidad, tan humana y a la par tan divina, que me ha conmovido profundamente...

Pero yo os ruego, a pesar de todo, os ruego amigo mío, por todo lo que de más santo haya en vuestros recuerdos, que no me olvidéis entretanto. Es cierto, sí, cuanto habéis soñado... Es cierto... En mi corazón podríais encontrar las palpitations de aquel corazón que tanto amasteis y del que no queda ya ni el polvo de los sepulcros... Sí, sí, en mis labios podrían reflorar, para embriagaros de ternura, la sonrisa perdida y recordada y añorada eternamente... Y en mis manos y en mis ojos encontraréis también todos los divinos consuelos y todas las humanas felicidades que fueron a perderse en el olvido de la nada...

Es cierto, y yo he tenido que hacerme a mí misma

una violencia inaudita para no ver esta visión de paz, para no extender, pronta a vuestro reclamo fraterno, mis brazos fieles de enamorada, a través de los montes y del Océano.

Yo os aseguro la más orgullosa victoria, y le pido a Dios, de rodillas, que derrame sobre vuestra dolorosa soledad el bálsamo de todos los consuelos... Y ¿por qué no decirlo? ¡Diera hasta la última gota de mi sangre, porque mis pequeñas manos inocentes os pudiesen conducir, eternamente, por un camino de sol y de flores, por una senda gloriosa, amplia y llana, ignorada de la vulgaridad y de la muchedumbre!

Enviadme siempre, si esto no os causa molestia, nuevas de vuestra vida atormentada de luchador, y creed en mi perpetua devoción y en mi sincero entusiasmo.

No extrañéis mis largos silencios, pues en ellos acaso, estoy más cerca de vos que amante alguna lo estuvo jamás de su dueño.

Gracias por todas las bellas cosas que me decís; gracias también por las que aún no me habéis dicho.

Yo os sabré pagar tanta delicadeza, con toda la efusión de mi alma y todo el afecto fraternal de mi corazón!

Pero mejor sería que me olvidáseis, que no me escribiéseis más, dejando morir tranquila, sin un nuevo anhelo, sin otra nueva esperanza, a esta nueva enferma desahuciada de la felicidad...

Febrero, 1900.

## II

¡Oh, hermano! ¡Oh, hermano! He recibido vuestra carta, como una consolación divina en estos días pasados de desolación y de sombra, y vuestro bello sueño de porvenir y de esperanza me ha hecho despertar, sin tristeza, de un antiguo sueño de amor.

Me decís que conocéis mi alma, que quisierais tenerla entre vuestras manos para hacerla palpitar con todas las felicidades de la tierra y extasiarla con todas las paces del cielo...

Soñemos, hermano... Soñemos...

Yo vengo a ti, corazón dolorosamente asaeteado por el amor...

Venid a mi encuentro...

Dadme rosas y rosas... Las espinas me han lacerado, impidiéndome caminar...

Venid a mi encuentro... Esplenderán aún los hori-

zontes de primavera, si yo puedo mirarme en vuestros bellos ojos, como en los ojos de la fe...

Yo vengo a la patria nueva, para olvidar los destierros, las nostalgias, todo mi pasado de guerra y de derrotas...

Vengo, imagen de mansedumbre y de devoción, a prestaros compañía en vuestras noches de insomnio a sonreír a vuestros trabajos, a poner un ramo de humildes violetas sobre vuestra escribanía, y dar a vuestros labios y a vuestra frente los besos con que sueñan, porque los han perdido...

Yo sabré ser para vos la amante, la esposa, la hermana, la madre, y la hija, todos los amores femeninos del mundo...

Soñemos, hermano mío... Sonriamos a nuestro sueño. Mirémonos ahora en las almas, para poder después mirarnos mejor en los rostros...

Ahora es aún invierno, mas pronto Marzo nos dará la maravilla renovadora de su sol tibio...

¡Quisiera deciros tantas ternuras, tantas cosas suaves y dulces!...

Mas no puedo aún; no es tiempo todavía...

Estoy enferma... pavorosa de tomar una medicina que recrudezca mi mal en vez de aliviarlo...

Tengo miedo de engañarme otra vez, de vivir, de todo lo que me rodea y de lo que puede llegar. Tengo miedo, mucho miedo, de vos y de mí...

Perdonad que no os haya escrito tan pronto como deseabais... Tengo miedo, os repito...

Recordadme siempre, ¡oh, hermano de arte, hermano de dolor y hermano también de esperanza!, como yo os recuerdo a vos, a vos que podéis ser el amor eterno, la poesía que no pasa, la poesía soberana...

Febrero.

III

A veces dialogo con mi alma, y le digo en un fiero arranque de orgullo:

«Alma mía, alma mía: sé fuerte y prosigue tu camino.

No te detengas a sestear en el oasis. Las flores y las aguas claras quizás escondan tósigos de muerte..

Alma mía, alma mía, a la sombra de las palmeras sueñas encontrar reposo—aunque sea breve—para tu caminar cansado y errante, y una sonrisa—aun la más leve—para la suerte ignota...

¡Alma mía, alma mía, los engaños te tienden de nuevo sus brazos rapaces, te llaman de nuevo con sus voces de oro!

¡No escuches esas voces de oro! Camina... ¡Cada promesa no encierra más que un nuevo afán!

Avanza siempre, avanza en el desierto.

Bajo el sol y el torbellino, avanza siempre serena.

No quedan rastros en los arenales... El viento borra todos los pasos, lo mismo los firmes que los débiles...

Sin infamia, sin méritos, sin odios, ¡y sin amor!...

¡Alma mía, qué pena!

¿Eres tú, pobre alma, quien pide llorando un ramo de azahar, un blanco velo y una fragante cadena de albas rosas nupciales?

¡Alma mía, alma mía; camina, y conoce la verdad desnuda y triste!

No serán para tí, que eres pobre, ni los besos ni las flores...

Alma mía, alma mía, que eres como una niña huérfana y tímida, ¡tú no gozarás de nada! La vida es avara, y guarda terriblemente sus dones...

Alma mía, alma mía, tú morirás sola, sin besos y sin flores...»

¡Os mando esas páginas dolorosas, arrancadas de un pequeño libro donde he ido anotando, pulsación por pulsación, todos los latidos de mi vida!

Marzo.

## IV

¡Oh, amigo mío, ¿no ha desgarrado vuestro corazón la última carta que me habéis escrito?

¿Aún pensáis en mí y me recordáis, a pesar del tiempo, la distancia y mi silencio, con la misma poesía e idéntica fe que aquellos días remotos de ensueño y de delirio?

Yo he estado en los umbrales de la muerte, y hoy mismo os escribo aún con medio cuerpo enterrado dentro de la sepultura.

He pasado por los más atroces sufrimientos morales y materiales. No ha habido prueba por la cual yo no haya pasado, ni tortura a la que no haya estado sometida...

Todo lo he perdido, y soy ahora una pobre criatura que después de mirar arder su casa, se sienta so-

bre las ruinas, entre los escombros humeantes, para llorar lo irreparable de su fortuna...

Vuestro afecto es sólo la única estrella de mi obscura noche.

Pues bien, yo, hoy, os confío esta alma.

Os la confío para salvar de un supremo remordimiento esta ardiente juventud mía, que tiende desesperada los brazos a la altura, sin encontrar más que el vacío obstinado y cruel...

Mi alma está enferma de ilusión y de cansancio...

Vos, quizás, podréis curarla aún, haciéndole de nuevo creer en la virtud milagrosa de la vida...

Vuestras promesas pueden ser la salvación...

Yo venzo los mares, yo venzo la distancia y el tiempo, yo venzo el dolor y la muerte, y vengo a hacer florecer en vuestro corazón la augurada y eterna primavera...

¡Quizás, un día, el destino podrá unir nuestras aspiraciones, como unía en las antiguas monedas los perfiles reales!

¡Quizás, nuestras existencias enlutadas no encontrarán la resurrección conque sueñan!

¡Quizás!... Quizás este dolor podrá darnos la alegría, y esta comunión nos indemnizará de todos los

afectos perdidos y de todas las esperanzas que hubieron...

Vos lloráis a una dulce mujer tan frágil y tan suave que se perdió en la vida, como una sombra detrás de un cortinaje; yo lloro a un hombre que jamás vi y que tan sólo amé, en cartas apasionadas...

Vos lloráis un bien perdido; yo lloro un bien que soñé poseer...

La suerte tuvo para nosotros una palabra y una sonrisa...

Nosotros podemos recordar, conmemorar y enterrecernos juntos...

En vuestra vida hay una virgen profundamente amada, que era digna del amor y fué presa de la muerte.

En mi vida hay un desconocido, que va vivo entre los muertos, indigno de todo recuerdo...

Nosotros podemos darnos las manos, podemos caminar unidos, y creer que al final hemos de hallar un puerto y un reposo... A él confío la postrera esperanza de mi vida.

Mis manos se tienden a las vuestras, os las estrechan avaramente, os oprimen, como diciéndoos, en su mudo lenguaje:



—¡Volved a conducir a mi pobre alma desterrada,  
a su reino de amor y de paz!

¿Podréis abandonarme en esta desolación inaudita?

¿Podréis negar el apoyo de vuestro brazo a esta  
miserable moribunda del ideal, que lo necesita, no sólo  
para sostenerse, sino también para olvidar, por un  
instante tan sólo, todos los viles prosaísmos de la vida?

¿Podrán vuestras manos negarse a cerrar los ojos,  
de los cuales habéis sido siempre el más dulce sueño  
y la más constante alegría?

Mandadme una sola palabra de aliento.

¡Es el único sorbo de agua que el destino ha con-  
cedido y puede conceder a la sed insaciable de mis  
desiertos espirituales!

¿Me lo negará también vuestra piedad?

Tan desengañada estoy de la vida, que hasta de  
vos llego a desconfiar...

¡He sufrido tanto en estos años de soledad y de  
silencio, de diálogo constante con mi desgracia!

¡Necesito oiros, veros con estos ojos que sueñan  
con los vuestros perennemente, palparos con estas  
manos que solamente por vos alientan, para conven-  
cerme que no sois también, como todo, una quimera,  
una sombra intangible!

¡Decidme, sí, decidme, y repetídmelo en todos los  
tonos y a todas horas, que vuestro sentimiento por  
esta ignota será más fuerte que todas las alegrías y  
que todos los dolores!

Enero.

Amigo mío, no he contestado antes a vuestra larga y afectuosa carta, porque tenía el ánimo demasiado dolorido.

Yo he visto morir, por obra de la fatalidad, una poesía que creí había de conducirme a la más alta felicidad y al más glorioso porvenir... Mas no hablemos de esto... Vos estáis aún en plena convalecencia, y es un verdadero crimen decirnos que la vida es triste, que la traición es el único visitante de los corazones entusiastas y sencillos que, para nosotros, los soñadores, el camino es áspero y vacío, privado de luces y de flores.

¡Oh, amigo mío, vos sentís la deslumbradora nostalgia de los campos andaluces y de los mares latinos!...

Yo siento, en cambio, la nostalgia de un desierto

donde jamás llegue un motivo de esperanza, ni aun pase la sombra de un hombre...

¡Oh, ignoto, oh, lejano amigo! ¡Yo sonrío a todas las dulces promesas que me hacéis, y me enorgullece que esta correspondencia se mantenga firme en el tiempo y a través de todas las vicisitudes de la fortuna, brindándonos la recíproca consolación de su ternura inagotable.

Os envío esas pobres páginas de mi adolescencia. Leedlas con toda la indulgencia que os inspire mi amistad; florecieron sinceramente en mí.

Después mi juventud, que ha conocido la lucha y las verdaderas derrotas, que ha conocido la lucha horrible por el pan de cada día, y que ha llamado desesperadamente al sol, vió nuevos horizontes y abrazó un arte más fuerte.

Vuestra pluma infundirá a estas pequeñas prosas el viejo perfume y la vieja frescura, y alguna bella jovencita de España pensará, con un poco de simpatía, en esta pálida y desterrada jovencita de Italia, que pasa eternamente los días mirando ansiosamente el mar azul, con la esperanza de verlo surcado por una nave blanca, por una vela blanca, que le traiga el mensaje de la fortuna.

¡Yo os auguro y deseo todos los bienes y todas las paces!

Aquí ya se presiente y adivina la primavera, en el aire suave y un poco cálido y en las flores de almendro que nievan el musgo florido de violetas...

Marzo, 1900.

VI

Hoy te envié una cosa muy bella, ¿no sabes, alma mía?

Te envié lo más santo y puro de mi alma... con una golondrina...

Un beso muy grande, inmenso, infinito...

¡Qué divino fué aquello...! ¡Si hubieses visto!

Estaba repasando la lección de piano a mis hermanas, en una habitación muy chiquitita y muy alta, desde donde se ven el sol y el campo.

Ensayaban unos estudios de Clementi, los eternos estudios que tanto fatigan a las niñas, cuando se entró por el balcón abierto a la tarde, un pájaro, pianto, chillando, que aleteó entre las flores de mi propio sombrero...

¡Qué alegría! ¡Qué risa!

Lo tiramos todo, pizarras, métodos, libros, hasta las sillas y el taburete...

La más pequeña cerró los cristales del balcón.

Palmoteábamos de contento...

El pájaro describía círculos inverosímiles, ascendía y bajaba, rápido, como una flecha, tropezando en las paredes, en los cortinajes, en el techo...

Se quiso escapar por un espejo... Y cayó en mis manos, sobre la vieja consola que preside tu retrato...

¡Qué bello! ¡Qué alas! ¡Qué cuello! ¡Qué pico!

Yo nunca había visto de cerca una golondrina...

Me daba pena soltarla y me parecía al par una crueldad inaudita no dejarla marchar...

No me atrevía a mover los dedos, temerosa de hacerle mal...

¡Si vieras cómo temblaba entre mis manos!

Parecía un corazón muy pequeñito, pero muy tierno, que tuviese pena, mucha pena...

Yo no debía retenerlo, robarle su libertad, ya que tenía la dicha de ser libre, allá, arriba, ¡en los cielos...!

Por fin, arrancamos un pedazo de cinta azul de

abanico, una cinta menudita y estrecha, y le hicimos, sin lastimarla, un collar, con un lazo alrededor del cuello...

Luego, las niñas la besaron en la cabecita, y yo, que la tenía en las manos, le dí un beso en el pico, un beso muy largo y muy dulce que, con el alma entera, le pedí llevase a tus labios...

¡Abrí los dedos y el ave escapó, casi orgullosa de su adorno!

¡Qué tristeza me dió al verla escapar, piando feliz de verse libre de nuevo!

¿Adónde iría?

¡Quién sabe...

Se perdió en el azul, brillando al sol como una flecha de oro...

Y mis ojos y mi alma la siguieron con una ansiedad tan angustiada, que sentí por mis mejillas resbalar la fría y lenta desolación de las lágrimas...

¿Llegará a ti?

¿Llamará con su ala a tus cristales, como diciéndote:—Despierta, te traigo un mensaje y un augurio de felicidad?

¿Pasará, volando por tu lado, dejando en el aire que respiras, mi beso?